

La diosa infernal de la Irrealidad

Los poetas no precisan de biografía, lo ha constatado Fernando Pessoa y lo ha dicho categóricamente Octavio Paz, pero un ejemplo radical es el uruguayo Elías Uriarte (Rocha, 1945), una figura fugitiva dentro del panorama de la literatura latinoamericana contemporánea que pertenece a una generación de escritores uruguayos como Eduardo Milán, Roberto Echavarren, Eduardo Espina, Roberto Appratto, entre otros. Una voz que rechaza la autoridad del autor para reconocerse más bien como sacerdote de lo invisible.

Poesía reunida, publicada por la editorial poblana Profética y la colección editorial cabezaprusia, con el riesgo siempre de publicar poesía en un mercado que la rechaza, pero con la convicción sostenida de resistir y de responder con libertad, reúne en este volumen tres de los títulos de toda la obra de Uriarte, publicados en el transcurso de 20 años e inscritos en las últimas tres décadas del siglo XX: *Hiroshima* (1999), *Breviario de la peste* (1986) y *Trabajohombre* (1978). Libros que aparecen en ese orden inverso ante el lector, y, ante la costumbre de pensar en la cronología, el

poeta nos pide, como gesto ético, olvidarnos de la progresión e ir a contrapelo.

A diferencia de sus contemporáneos, Elías Uriarte no tuvo interés por ocupar un lugar reconocible dentro de la tradición literaria. Su obra, por el contrario, es escasa, silenciosa y se mantiene sin hacer mucho alarde de bajo perfil. Se trata de un autor y de una obra esquiva, él mismo ha declarado, por ejemplo, que *Hiroshima* no le pertenece porque ha sido escrita por la experiencia colectiva de su generación. No es mera modestia, es de alguna manera aceptar con humildad epistemológica que el sujeto llamado yo es un hablante que solo ha recogido las voces que han constituido su lenguaje. Porque, aceptémoslo, el poema es escrito por nadie y para Nadie.

En la nota que sirve de prefacio al libro, Uriarte entrega al lector algunas claves de su poética, no para entenderla o abrirla, sino para señalar el camino de su propio naufragio: "Su tema es la resignación en el lenguaje de la poesía, esto es, señalar, tácita o implícitamente, la presencia de la diosa de la Irrealidad en el lenguaje. Y el gesto que lo

domina es el único que conviene a esta diosa infernal: aplastarla".

¿Qué decir entonces de un libro que se resiste a su propio lenguaje? No encontramos aquí mera sumisión al dictado poético, antes que nada, la poesía es un oficio porque, aunque trabaja una materia inasible y abstracta, con las manos se escribe el acto más propio de la especie, el lenguaje y su palabra. Y como quien decide tomar los frutos crudos del árbol, los toma y los aplasta, en el más puro gesto de desnudez. La lucha es por encontrar una transparencia que se cuela por entre los dedos.



TÍTULO: *Poesía reunida*

AUTOR: Elías Uriarte

EDITA: cabezaprusia / Profética / Secretaría de Cultura / Sistema Creación

AÑO: 2023

Si bien Uriarte reniega de las referencias y su culto, es imposible leerlo sin el pensamiento poético de Wallace Stevens que en sus famosos aforismos expuestos en *Adagia* afirma que la realidad “es un cliché del que escapamos por la metáfora”. A lo que añade, “la metáfora crea una nueva realidad a partir de la cual la realidad original aparece como irreal”. Su obra está inscrita en esa tensión no resuelta entre lenguaje y mundo. Y aunque la metáfora pareciera ser respuesta y consuelo, lo que expone ante nosotros –por medio de la palabras– es su ruina y su ceniza. Es el fracaso de una viciada lengua que no puede nombrar, pero se resiste a callar.

Hiroshima es el resultado de esa experiencia. El poema, dedicado a Marosa di Giorgio, pone sobre la mesa –la mesa familiar, la mesa del Padre, o la última cena– la exclamación espectral de una voz, la voz como ciudad devastada por la violencia histórica que apela al nombre con esa extrañeza de verse entre sus propios escombros. El relato se ausenta del verso para contentarse con repetir, gemir o balbucear. O se trata del rosario y sus misterios, un rezo que repite “Oh, cómo caían las cenizas de Hiroshima”.

Uriarte asume el riesgo de contar sin relato, es verdad

que somos más pobres en experiencias, como decía Walter Benjamin sobre el pasado siglo XX, que con dificultad transmitimos nuestras historias hacia nuevas generaciones, hacia el futuro promisorio. Sin embargo, con trampa recurro a Roberto Juárez quien citaba una famosa historia jasídica: la del rabino que ya no sabe encender el fuego, ni decir plegarias, ni encontrar el bosque sagrado, pero cuenta la historia de quienes sí supieron, y eso basta. Uriarte no enciende el fuego, no sabe la plegaria, no recuerda el lugar, tampoco repite la historia, y, aun así, basta. Basta esta seña dirigida hacia el otro.

Ahora bien, no se trata solo de la clausura del relato, sino además de la imposibilidad de la propia identidad, de la dificultad del sujeto para levantarse y decir yo, con esa naturalidad que alguna vez cultivaron los poetas bucólicos. Es así que, a la manera de Paul Celan, en *Breviario de la peste*, al final y no al principio, Uriarte escribe: “Dedico este libro a Nadie, / siempre el mismo y otro / diciendo Nada”. O más claramente, para romper toda ilusión narcisista, sentencia en uno de los poemas: “El espejo posee una máscara que se llama reflejo”. Nuestra identidad es apenas simulacro.

Finalmente, el comienzo, *Trabajohombre*, su primer libro, una obra que se empecina en sospechar del sujeto y de su libertad con una ironía y un escepticismo propios de Cioran. En el poema que le da título, Uriarte despliega una crítica de la vida espectacular y desmonta la ilusión de la decisión individual, a la manera de Guy Debord: “Las llamadas decisiones particulares de cada hombre / suelen ser semejantes a las llamadas decisiones particulares de muchos hombres / cuyas decisiones no han sido decididas particularmente por ellos mismos”. El poema se despliega como silogismo más que para denunciar, para burlarse del propio lenguaje que presupone la originalidad de la expresión individual, y aceptar con claridad que el individuo posible es una especulación más de la tiranía de la realidad, y cuando al final se desmonte, apuesta, aun con el malestar kantiano, por “una convicción sin sujeto”.

Dentro del “frío páramo sin metas”, como define así su catálogo, cabezaprusia entrega una pieza desencajada de la poesía uruguaya y en lengua española, una edición dirigida a Nadie y por Nada. Una obra que en su aparente marginalidad trastoca los centros.

Rodrigo Alvarado Rocha